



Molly Night

UN AMOR

OSCURO Y

PELIGROSO

2

Almas
eternas

 Planeta

MOLLY NIGHT

UN AMOR OSCURO
Y PELIGROSO.
ALMAS ETERNAS

Traducción de
Patricia Valero

 Planeta

Título original: *Dark and Dangerous Love*

© Molly Night, 2018

© por la traducción, Patricia Valero, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18694-6

Depósito legal: B. 7.339-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La muerte.

Algunos la desean, otros la temen y otros se debaten entre ambas opciones. Es extraordinario cuán poderosa resulta.

En sus más de dos milenios de vida, Atticus había aprendido que incluso los más valerosos guerreros temen a la muerte. Pero no porque les dé miedo que ésta suponga el final, no se trata de eso. Temen a la muerte por la incertidumbre que implica, por el vacío que puede que se extienda más allá de la misma, porque en realidad no saben nada o casi nada de ella.

Una eternidad sumida en el caos o una eternidad totalmente vacía, ¿cuál escoger?

Cuando Atticus empujó a Evelyn para que cayese al vacío desde la azotea del edificio, se fijó con atención en la expresión de su rostro. En silencio, analizó cada movimiento de cada músculo facial y lo que le comunicaba su lenguaje corporal. Escuchó el tono de su grito y la frecuencia de los latidos de su corazón, pero sobre todo se centró en su mente y en sus pensamientos.

Su propia sangre iba siendo eliminada del cuerpo de la chica y estaba perdiendo la capacidad de leerle la mente, pero aun así todavía podía recabar grandes cantidades de información valiosa si se concentraba. Además, la mente humana reacciona de forma distinta cuando cree que ha llegado el final de la vida;

cuando no hay secuelas de las que preocuparse, consecuencias que afrontar o amenazas abalanzándose sobre ella, la mente queda totalmente expuesta a los carroñeros con la habilidad de picotear su cadáver.

La muerte es como las primeras lluvias de primavera: llegan y arrastran consigo toda preocupación, todo miedo. Todo se atenúa cuando uno se enfrenta a su final. Se podría aprender más de alguien observándolo en esos últimos minutos que haciéndolo toda la eternidad.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo Atticus.

Observaba a Evelyn y escuchaba lo que ella creía que eran sus últimos pensamientos. Una parte de él temía lo que la mente de la joven le revelaría, pero la otra se moría de curiosidad.

«Por favor, no hagas que tu último pensamiento sea para otro hombre. Mi dulce Evelyn, no me rompas el corazón, no destroces mis esperanzas y mis sueños —pensó—. Por favor, haz que yo sea el último en quien pienses. Por favor, di mi nombre, di mi nombre, Eve, mi querida y adorada Eve. Déjate llevar por tus deseos más oscuros y profundos y haz de mí el hombre más feliz de la Tierra al concederme un lugar en tu corazón. ¿Es eso tanto pedir?»

En el fondo, sabía que sí lo era.

Y sabía que nunca sucedería.

Aun así, la había empujado para probar su suerte de todos modos.

Evelyn pensó en el día en el que había saltado desde aquel otro precipicio, la primera vez que Hansel la salvó. Mientras Atticus observaba cómo se repetía la escena en la mente de la chica, no pudo evitar pensar que resultaba irónico que Hansel fuese su ángel, cuando quien lo había enviado era el mismo demonio para que salvase a la muchacha inocente de quien se había enamorado.

Era gracioso que fuera ése el motivo por el que se hubiesen conocido Evelyn y Hansel. Y ahora este último tenía algo de lo que él, el todopoderoso rey, carecía. Estos pensamientos provocaron que se despertase en su interior un instinto asesino.

«Hansel Alexander, ¡maldito bastardo! ¿Cómo te atreves a robarle a tu creador, a tu rey? Yo te salvé de la calle, yo te di la inmortalidad, yo te di una oportunidad en esta vida. ¡Sin mí no habrías sido nada más que un triste y patético huérfano muerto en una esquina que no le habría importado a nadie!

»Le importas, a mi dulce Evelyn le importas mucho, y, aun así, ¿te aliaste con Venecia para que Ethan se follara a mi chica? ¿A qué jugabas, niño estúpido? ¿Por qué ayudaste a Venecia? ¿Qué tenía de especial aquella noche? ¿Por qué rescataste a Ethan de su cautiverio sólo por una noche? ¿Qué demonios...?»

De repente, todas las piezas del puzle encajaron.

«¡No! ¿Por qué...? Pero...»

Atticus se sintió idiota por no haber conectado todos los puntos antes. Se habría abofeteado por no haberse dado cuenta de algo tan obvio, tan a la vista. Aunque sabía que Venecia había planeado que Evelyn y Ethan disfrutasen de una noche juntos, no había deducido por qué el motivo era tan especial.

Pero nada de eso importó en el momento en que oyó a Evelyn susurrar el nombre de Hansel.

«Hansel.»

Una simple palabra que no significaría gran cosa en otro contexto, pero, tratándose de la mente de Evelyn, y tras todo lo sucedido, la palabra volvió a romperle a Atticus el corazón por enésima vez desde que la conociera. La inocente humana había asestado otra puñalada a su ya maltrecho cuerpo inmortal, le había proporcionado otra cicatriz, otro recuerdo doloroso, otro recordatorio atroz de que ella no era suya.

Debería haberle dolido más, mucho más, si no hubiera sido porque ya había previsto que Hansel sería uno de sus últimos pensamientos. Por mucho que hubiese deseado que no fuese así, él era Atticus Lamia y lo sabía todo. Eso solía encantarle, pero en los últimos tiempos habría dado el mundo por no saber algunas de las cosas que sabía.

Nada escapaba a sus ojos siempre atentos y a los de sus leales secuaces. Después de todo, era el rey y gobernaba el mundo con mano de hierro. El conocimiento era poder, y él era el monarca más poderoso que el planeta Tierra había conocido.

«A lo mejor es que disfruto cuando me hacen daño —se dijo, y quiso reírse de sí mismo mientras la veía caer y oía el nombre de su propio protegido, el hombre a quien había asignado la tarea de protegerla a ella, resonando en la mente de la chica—. A lo mejor me gusta recordarme a mí mismo que, aunque te tenga aquí, en carne y hueso, jamás tendré tu corazón, tu alma, tu amor. Nunca dejarás que un monstruo como yo tenga acceso a tu preciosa alma intacta. Mi dulce Evelyn..., ¿me darás alguna vez un pedazo de tu corazón?»

Era doloroso pensar que, aunque tanto él como Hansel eran vampiros, Evelyn había conseguido hacer una excepción con este último, había superado todos sus prejuicios y había aprendido a amarlo.

Atticus se aguantó las lágrimas mientras saltaba, él también, edificio abajo.

No iba a permitir que su querida Evelyn muriese. ¡Claro que no! Por mucho que rompiera su corazón en mil pedazos cada vez, nunca dejaría de amarla, nunca se rendiría en su batalla por conquistarla.

Y es que ella era su razón de ser, era todo lo que él quería. Sacaba lo mejor y lo peor de sí mismo. Ángeles y demonios le cantaban melodías encantadoras al mismo tiempo, cada facción

intentaba tentarlo, ganarlo para su bando. En secreto, defendía a los demonios, pero delante de Evelyn hacía ver que luchaba del lado de los ángeles.

La conversación que habían mantenido hacía un rato aún resonaba en su cabeza. Su dulce sabor no se había desvanecido todavía. Todas las promesas de cambio hechas por ambos hacían que los sueños de futuro llenos de idealismo y perfección de Atticus le pareciesen más posibles de realizar que nunca.

No renunciaría a Evelyn. Incluso aunque Hansel se la hubiera arrebatado, no se daría por vencido.

Era suya.

Y si Hansel seguía siendo un obstáculo entre ambos, encontraría la forma de deshacerse de él. Si no podía matar a Hansel para no herirla a ella, entonces encontraría otro modo de eliminarlo. Y lo mismo haría con Ethan. Al fin y al cabo, el diablo era temido sobre todo por encontrar crueles y despiadadas formas de forzar la realidad para conseguir sus propósitos.

Ella era todo cuanto quería conseguir. ¿Qué sentido tenía tener el universo a tus pies si no podías compartirlo con nadie?

Atticus cazó a Evelyn al vuelo. Había pasado poco más de un segundo desde que la había tirado cuando lo hizo.

Canalizó la vieja magia que corría por sus venas para colocar el anillo en el dedo de ella y luego utilizó la telequinesis de su amigo Duncan. Ambos quedaron flotando en el aire, desafiando la ley de la gravedad. Un campo de fuerza invisible rodeaba sus cuerpos y los mantenía a flote.

La mente de Evelyn estaba hecha un lío, pero, por suerte, mientras Atticus exploraba sus pensamientos no halló ni rastro del tema que más temía encontrar.

«No tiene ni idea de los milagros que están teniendo lugar en su cuerpo... todavía», pensó, y ese pensamiento lo hizo feliz por-

que eso quería decir que aún tenía tiempo de arreglar las cosas, de destruir lo que los destrozaría antes de que ella se percatara. «No te voy a perder. No te voy a compartir. Con nadie. Eres mía, tu cuerpo, tu alma, tu amor y todas tus emociones me pertenecen.»

Evelyn caía. Notaba el flujo de aire rodeándola, el poder de la gravedad arrastrando el peso de su cuerpo hacia abajo y la fricción entre ella y el aire.

Al principio estaba asustada, incluso aterrada, pero al cabo de poco superó el miedo momentáneo a la muerte.

La idea de morir la asustaba, claro, pero había algo agradable en la sensación de caer: se sentía liberada de la presión constante de Atticus. Por fin se sentía fuera de su control, libre de ataduras.

Ahora, su destino estaba en manos de otra fuerza muy distinta: la gravedad.

Se alegraba al pensar que había fuerzas más poderosas que Atticus, que había cosas que escapaban a su control.

Se preguntaba si existiría otra vida después de la muerte. Y, si la hubiese, ¿vería allí de nuevo a la gente que conocía? ¿Vería a su madre, a su padre, a Alice, a Nora, a Ethan y a Hansel? ¿Tendrían los vampiros otra vida más allá de su muerte? ¿Estaría Hansel allí? Si él muriese, ¿volvería a verlo?

Una imagen de sus fascinantes ojos verdes y su pelo rizado y oscuro le pasaron por la mente. Su agradable sonrisa y su naturaleza amable... «Por favor, por favor, que Hansel esté allí, que tenga una vida después de la muerte», pensó. Se lo merecía.

La idea de un cielo sin Hansel la aterraba.

Por favor, que estuviera allí.
No quería estar allí sin él.

Cuando la intensa corriente de aire se detuvo y Evelyn notó que su torso colisionaba con algo sólido, creyó que era el fin.

Creyó que había encontrado su destino aciago y que de su cuerpo humano no quedaría más que sangre y carne salpicando el asfalto. «A lo mejor incluso asusto a algún vampiro... ¿Les asustará la sangre a los vampiros, o se comerán mis restos directamente sobre la acera? —se preguntó en un momento de euforia—. Buena suerte, Atticus, si quieres coger todos esos trocitos de mí y convertirme en vampiro.» Casi quiso reírse al pensarlo.

No quería morir, claro que no. Por primera vez en mucho tiempo, las cosas parecían avanzar, y tenía la impresión de que Atticus estaba a punto de sufrir una revolución, que era posible que las cosas cambiasen para él, y que él mismo cambiase a su vez.

Deseaba que Atticus cambiara.

No, más bien lo *necesitaba*.

Necesitaba que se deshiciera de sus demonios y se convirtiera en un hombre mejor por el bien de la humanidad y el futuro del planeta. En un mundo gobernado por un tirano la mayoría siempre sufriría.

Evelyn quería cambiar eso, deseaba hacer del mundo un lugar mejor. Y si eso significaba que debía librarse al mismo diablo, que así fuese.

«Soy tan estúpida... —pensó—. Eres un asesino y un psicópata. Eres incapaz de cambiar, maldito bastardo», se dijo con amargura. Odiaba cómo, en el mismo momento en que ella había creído que él podría cambiar, tragándose sus mentiras y sus promesas de futuro, Atticus había hecho algo totalmente estúpido e imperdonable para avivar de nuevo su odio hacia él.

Por suerte —o por desgracia— para ella, en vez de en el frío y sucio suelo de hormigón, Evelyn aterrizó en los brazos de Atticus Lamia.

Esperaba notar el dolor del impacto del asfalto contra su piel, el dolor inimaginable que pondría fin a su vida..., pero éste nunca llegó.

—Deberías confiar en mí —dijo él con voz dulce y amable—. Y recuerda que sigo siendo capaz de oír lo que piensas, querida. Puede que sea un asesino y un psicópata, pero nunca caería tan bajo como para matarte. Si ese día llega alguna vez, entonces será mi fin. Eso sólo consolidaría del todo mi maldad.

Atticus apretó el cuerpo de la chica contra el suyo con todas sus fuerzas. Su abrazo la protegía y la apresaba a la vez, como los irrompibles barrotes de hierro de una jaula.

Apoyó la mejilla contra el pelo de ella mientras la conducía hasta la planta del hotel en la que se encontraba su suite con la intención de entrar por el balcón.

Evelyn había esperado notar un dolor que nunca llegó. Cuando oyó la voz de Atticus, creyó que la había imaginado, pensó que eran alucinaciones provocadas por su muerte inminente.

Confundida, abrió los ojos con cautela.

Al ver la silueta de la ciudad de Utopía y notar el cuerpo de Atticus contra el suyo, tardó un rato en entender lo que había pasado.

—Deberías haber confiado en mí —la provocó él chasqueando la lengua mientras se aproximaban al balcón de la suite.

Le encantaba estar así, con ella entre sus brazos, en el aire. Atticus era, de forma literal, la única cosa que la mantenía con vida en esos momentos. Sin él, caería y moriría en cuestión de segundos.

Eso le dio la sensación de poder sobre ella que necesitaba.

—¿Qué narices? —murmuró Evelyn—. ¡Eres un jodido imbécil!

Atticus se echó a reír e intentó besarla en los labios, pero ella, sin tener en cuenta que estaban a muchos metros por encima del suelo y que él era lo único que la mantenía a flote, le clavó el codo en la nuez para empujarlo. Acto seguido, lo abofeteó con fuerza.

—¡Jodido imbécil! —repitió mientras luchaba en sus brazos sin dejar de pegarle—. ¡Eres un ser enfermo y retorcido! Crees que es divertido jugar con la vida de alguien, ¿no? ¡Eres un hijo de perra! ¿Te parece normal empujarme desde la azotea de un maldito edificio, puto tarado? —gritó casi sacando los pulmones por la boca.

Tanto, que los vampiros que había en la calle la oyeron. Se le había olvidado que llevaba un vestido y que podrían ver lo que llevaba debajo. Aunque estaban bastante alejados, podían ver su ropa interior.

En otras circunstancias, Atticus se habría puesto furioso al oír que lo insultaba así. No era un hombre que tolerara las faltas de respeto precisamente. Y si ella hubiese sido otra persona, sin duda la habría dejado caer y habría contemplado tan feliz cómo se estrellaba contra el suelo.

Pero se trataba de Evelyn, su Evelyn, su adorada, su amor, la mujer que le había robado el corazón desde el mismo momento en que la había visto. El amor que sentía hacia ella era irracional y antinatural, y por eso él se comportaba de una forma irracional y antinatural.

Además, Evelyn estaba diciendo tacos. Normalmente no solía pronunciar palabras malsonantes, así que era algo nuevo oírlo hacerlo. Atticus sonrió. Oír esas palabras de boca de una chica tan angelical le pareció muy gracioso, y le dio un par de ideas para la siguiente vez que decidiera poseerla. Quería oírla profesar ese tipo de insultos la próxima vez que se la follase.

Porque... ¿y una sesión de sexo en el aire?

—¿De qué carajo te ríes? —preguntó Evelyn.

De lo furiosa que estaba, seguramente se mostraba más franca con él de lo que nunca lo había sido.

A Atticus le gustaba verla así porque eso significaba que estaba perdiendo el control de su mente racional. Deseaba que ella fuese tan irracional como él. Deseaba conquistar su corazón, no su mente.

—¡Me das asco! —le soltó ella volviendo a abofetearlo—. ¿Qué es esto? ¿Algún tipo de jodido ejercicio de confianza, maldito psicópata? ¿Crees que es esto lo que debes hacer para conquistarme? ¿Crees que así te voy a odiar menos, jodido gilipollas? ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué cojones has hecho eso? ¿Es que has perdido la jodida cabeza?

«Conjuga el verbo *joder* una vez más y te joderé aquí y ahora, en el aire. Venga, nena, hazlo una vez más y te levantaré el vestido y tendrás mi polla dentro de tu dulce cuerpo en segundos. Vamos, Evelyn, hazlo, dílo una vez más y serás la primera mujer en ser follada mientras está suspendida en el aire.»

Como si hubiese leído su mente o descifrado su expresión lasciva o se hubiera dado cuenta por fin de que estaban a muchos metros del suelo y no era el mejor momento ni el mejor lugar para tener una pataleta, Evelyn dejó de gritar y, con torpeza, le rodeó la cintura con los brazos. No quería morir, había demasiadas cosas que quería hacer antes de estar lista para decir adiós a la vida.

Resultaba extraño porque tan sólo unas semanas antes, tras el incidente del motel, estaba deseando morir. Era curioso que la muerte te rechazara cuando la deseabas con todas tus fuerzas y, en cambio, te persiguiera cuando más querías evitarla.

—¿Así que resulta que puedes volar? —gruñó con la cara contra la camisa de Atticus.

«Las estúpidas habilidades de los Siete..., ¿por qué no podrán ser vampiros normales? ¿Qué otras cosas raras puede hacer Atticus que otros vampiros no pueden? Estúpidos. Con sus estúpidos anillos... Menudos estúpidos.»

Atticus rio de nuevo y le pellizó el trasero, travieso.

—Todavía puedo leerte la mente, querida. Y hacer muchas cosas; viene en el pack de pertenecer a la primera edición de los de mi especie. Eso me hace especial, ¿no?

«Oh, cierra el pico, pirado.»

—Me encanta esta faceta de ti tan gamberra. Es muy sexi.

«Todo te pone, pareces una jodida adolescente con las hormonas revolucionadas.»

Atticus rio a carcajadas.

—¡Debería haberte empujado desde una azotea mucho antes!

Evelyn reprimió las ganas de abofetearlo de nuevo.

«Resiste a la tentación. Tienes que ser amable con este hijo de puta hasta que estés en tierra firme. Sí, bien firme, no sobre malditas partículas de aire.»

—Tienes que seguir bebiendo de mi sangre, ¡tu mente se vuelve tan divertida y tan maravillosa! No sabía que eras capaz de decir todas esas palabrotas, ¿qué ha hecho emerger esa parte de ti?

—Has intentado asesinarme. Pensaba que iba a morir. Desearía matarte ahora mismo, Atticus —replicó ella.

Él la acercó más hacia sí y se echó a reír de nuevo.

—¿Podemos quedarnos así un ratito? ¿Quedarnos en el aire contigo insultándome y pegándome? Es que me encanta.

«Te voy a dar una patada donde más te duele si no me sueltas sobre algo firme y duro», pensó Evelyn, sin darse cuenta de la obvia connotación sexual de su amenaza.

—Oh, no tengo ningún problema en encontrarte algo firme y duro, querida —dijo él sonriendo de oreja a oreja. No obstante, decidió hacerle caso y se dirigió hacia el balcón.

De todos modos, tampoco podía quedarse suspendido en el aire mucho más tiempo. Le daba miedo distraerse demasiado por el calor del cuerpo de ella contra el suyo y perder la concentración necesaria para usar la telequinesis.

En cuanto Evelyn notó sus pies desnudos —había perdido los tacones al caer y tocar suelo firme— empujó a Atticus lejos de su lado. Sin embargo, quizá no fuera buena idea, ya que su propio cuerpo estaba reponiéndose todavía del *shock* de todo lo ocurrido en los últimos dos minutos.

Sintió una tensión incómoda en las cervicales y las lumbares. Le dolía el cuello; seguramente se habría contracturado algún músculo al caer. «Estúpido rey con sus estúpidos poderes...»

—¿Así que vas y me apartas de tu lado cuando ya no me necesitas? ¿Sólo me querías por mis poderes? ¿Me estabas utilizando? —rio él.

Evelyn puso los ojos en blanco e intentó cruzar las puertas del balcón para entrar en la suite. El suelo de la terraza era demasiado frío y rugoso para sus delicados pies. Pero Atticus la cazó por la cintura antes de que pudiese moverse un centímetro.

—Quería demostrarte que puedes confiar en mí pase lo que pase —explicó el vampiro—. Te quiero. Estaré ahí para recoger-te cada vez que te caigas, incluso si soy yo quien te empuja. No soy Ethan ni Hansel. No soy tan comprensivo ni tan compasivo como ellos. A lo mejor tienes razón y soy un psicópata que disfruta más de lo que debería haciendo daño a la gente. Tengo una faceta sádica que es tan malvada que me da miedo hasta a mí, pero te prometo que siempre te protegeré. No puedo prometer-te que no te haré daño, pero siempre te protegeré de cualquier otra amenaza que no sea yo. —Le rozó los labios con el pulgar—. Soy el demonio, pero tú eres mi ángel. A lo mejor puedes cambiarme. Pero, si no es así, sé que me harás menos perverso. Soy la Oscuridad y tú eres la única luz que tiene poder sobre mí. Te

necesito. Llevo demasiado tiempo viviendo en esta Oscuridad. —Atticus se inclinó para unir sus labios con los de ella—. Sé que hay otros hombres en tu corazón, y quiero matarlos a todos por ocupar un espacio donde yo no lo tengo. Aun así, los dejaré vivir si prometes amarme, si prometes que dejarás de huir de mí, que me abrirás tu corazón y me permitirás entrar en él. Acéptame, por favor. No puedo estar sin ti.

—Es la segunda vez esta noche que me declaras tu amor. ¿Por qué estás tan ñoño de repente, Atticus? —replicó ella entre nerviosa y confiada, entre sarcástica y seria.

Él sonrió.

—Por fin te estás abriendo. Tengo la sensación de que he derribado tus muros. Y de que ya no somos extraños.

«¿Cómo puedes amar a alguien sin conocerlo? ¿Sin entenderlo de verdad?»

—No tienes que conocer a alguien para amarlo. A veces quieres a alguien simplemente porque lo quieres. —Atticus la besó con delicadeza y dulzura para no asustarla. Por fin parecía que estaban haciendo algún progreso, y quería ver más de aquella faceta sarcástica y adorable de Evelyn—. ¿Quieres que te dé un masaje en el cuello? Hace mucho tiempo aprendí algunas técnicas increíbles de monjes de Filipinas y Tailandia.

Ella asintió dubitativa, aunque no pudo evitar preguntarse si en realidad querría romperle el cuello, o los brazos, o las piernas, durante el masaje.

—No te haré daño —rio él—. Al menos, no esta noche.